

LOS HIJOS SOÑOLIENTOS DEL ABISMO

MENCIÓN PREMIO CASA DE LAS AMÉRICAS 2011

GEOVANNYS MANSO

NOVELA

Para Lisy: la gramática y el terror de estas páginas...

A la memoria de mi padre: que no alcanzó a ver mis fulgores presentes...

*Todo cuanto he pensado, todo cuanto he soñado, todo cuanto he hecho o no he hecho
—todo esto se irá en el otoño, como las cerillas usadas que tapizan el suelo en
diferentes sentidos, o los papeles estrujados en falsas pelotas, o los grandes
imperios, las religiones todas, las filosofías con que han jugado, al hacerlas, los
hijos soñolientos del abismo.*

FERNANDO PESSOA
Libro del desasosiego

ALGUNAS PALABRAS PRELIMINARES

Luego de las peripecias de intentar viajar a Cuba desde los Estados Unidos, finalmente lo logré. Había pedido permiso al Departamento del Tesoro, encargado del embargo, para viajar con fines culturales, como jurado del Premio Literario Casa de las Américas, a La Habana. Contestaron con un patético “no creemos que hay suficientes motivos válidos para su viaje”. Opté por la opción que aconsejaban los duchos: la ida a través de México. Como resultado, aparecí a los pocos días en la bellísima tierra cubana, en una ciudad indescriptible.

En ambiente que quizá no tenga par, de amistad, gentileza, tradición si se quiere, los jurados comenzamos a trabajar en la Casa, en Cienfuegos y de retorno a la capital.

Debo decir que me sorprendió el nivel de las obras participantes. Lo he dicho en prensa: novelas que no fueron siquiera seleccionadas cuya calidad excedía tanto material impreso y comercial en la América nuestra. Y ahí cabe destacar el papel —valor— fundamental de este premio en la historia de las letras latinoamericanas, y los nombres que ha dado a la historia.

Entre las novelas que se me asignaron había una —la que preferí—, no voluminosa, dinámica, ágil, atrevida, con párrafos breves y páginas y páginas de oraciones que representaban ideas y modelaban un personaje. Entre libros densos, excelentes, de sólida argumentación y destacado tratamiento narrativo, me fui inclinando hacia Los hijos soñolientos del abismo, de Geovannys Manso, escritor villaclareño de quien no había escuchado antes, por su desafío y la casi angurria que da por saber el desenlace.

Preguntarme el por qué la elección ante un cúmulo de novelística diversa y rica alude

a mi condición de lector, antes que jurado. Y es que los capítulos de esta extraña producción literaria cargaban tal soltura que la noche en que la empecé y terminé fueron un paseo por una prosa admirable, cargada de ideas, plena de sensaciones, donde la pausa no está dada por vacíos de calidad o inútiles rellenos, sino por el aire que debe uno tomar para continuar en una carrera que se debe terminar para conocer su epílogo. Difícil tarea la del autor, tomando en cuenta que no hay una estructuración argumental clásica, y sí experimentación verbal, usufructo de materiales de ciencias como la medicina, de lógica matemática, de profundidad filosófica y sarcasmo natural.

En un diario que marca los días, semana a semana, y que alterna con historias que no pertenecen al detalle cronológico, Geovannys Manso escribe una novela inteligente, de gran desenfado y humor, negro y ácido a menudo, con conversaciones intertextuales y flashes de pasado en una perspectiva de presente vacío: «Miró a su alrededor, y descubrió que sí: que el vacío existe».

No prosigo porque sería quitarle esa intriga que persigue al lector a lo largo de las páginas. Hoy, que las redes sociales se han extendido como un manto que lo cubre todo, alguna vez que puse un extracto de esta obra en Facebook siempre ha causado asombro. Comentarios como «si toda la obra es así, entonces quiero leerla...»

Y claro que es así: compleja, filosófica, intelectual, cotidiana, febril, irreverente, espejo en el que no todos queremos vernos, pero al cual observamos de reojo.

Claudio Ferrufino-Coqueugniot

Jurado Premio Casa de las Américas 2011

I

LAS COSAS ENORMES

Nombrar las cosas enormes es matarlas.

EDMUNDO DESNOES

LUNES

Hoy ha muerto mi expadre.

Cuando mi hermana llamó desde el hospital X, estaba mirándome en el espejo absorto en una nueva verruga.

Ya son ocho, pensé: dos en el rostro, tres en el abdomen y tres en la espalda.

Papi ha muerto, por favor, no dejes de venir a la funeraria.

Esto último lo dijo llorando. Su voz, casi inaudible por el megáfono de este aparato grisáceo, proyectó su anhelo conciliatorio.

Me ha salido una nueva verruga: rojiza, muy cerca de la nariz, le contesté.

Ocho verrugas, ¿comprendes?

Pero ella no comprendió nada.

Dijo que entre una verruga insignificante de mierda y la muerte de tu expadre, cualquier hombre racional con dos dedos de frente se apenaría por la segunda noticia.

Una vez más mi hermana me confunde con Descartes. Ser RACIONAL para ella es un signo de causalidades éticas —casi escribo épicas— (*Ver el Breve cuaderno de los por qué 1*).

Murió mientras pronunciaba tu nombre, repitió vengativa. Debería darte vergüenza.

Escuché callado su discurso imprecatorio.

La extensión del teléfono me permitía viajar del espejo del baño al de la sala, del espejo de la sala al del cuarto, del espejo del cuarto al de la cocina, del espejo de la cocina al del pasillo.

Cada uno de ellos reflejaba una verruga rojiza, muy cerca de la nariz.

Una verruga simiesca.

Mi rostro —sin yo desearlo— adquiriría una condición gansteril, de viejo indeseable.

¿Vas a venir, o no?

No me preocupa la verruga, ni siquiera que esté cerca de la nariz.

En todo caso, se trata del ocho.

Hace una semana era bastante feliz con siete verrugas.

Preferiría tener nueve, doce, veintitrés, qué sé yo.

Pero el ocho es un número extraño que me produce escalofríos, una especie de ochofobia o algo semejante. (*Ver el Breve cuaderno de los por qué 2*).

¿Vas a venir, o no?

La sé extirpable (la verruga, mi hermana no: es algo crónico, maligno). Basta viajar hasta un cuerpo de guardia y en pocos segundos un bisturí la disecciona. Una pequeña cicatriz queda como recuerdo póstumo del suceso.

¿Vas a venir, o no?

¿Para qué extirparla?

No me molesta la verruga.

En serio.

¿Vas a venir, o no?

Si fuera a la funeraria tendría que llorar mientras observo el rostro de mi expadre: callado, macilento, ojeroso.

Abrazar a tías y parientes de rostros callados, macilentos, ojerosos.

Todo se desarrolla dentro de un monólogo bastante aburrido, fantasmal.

Prefiero el teatro bufo, pero nuestro *sino* es el melodrama.

Jorge Mañach, digan lo que digan, se equivocó: el choteo no nos caracteriza.

El melodrama sí.

La sobreactuación ramplona. (*Ver el Breve cuaderno de los por qué 3*).

¿Vas a venir, o no?

Si encontrara un *background* la repetición letánica —casi escribo hispánica— de mi hermana cobraría otro sentido, un verdadero SENTIDO.

Ella sabe que no iré.

Que entre la muerte de mi expadre y la aparición de mi octava verruga, no me inquieta más esto último que lo primero.

Si mi expadre hubiese sido un señor importante ahora no tendría de qué preocuparme, pues un bello reportaje televisivo me mostraría la magnificencia de su entierro y su traslado al panteón de los héroes eternos de la patria.

Pero mi expadre no fue un HÉROE, ni ETERNO, ni de la PATRIA.

¿Vas a venir, o no?

Ir adónde, me gustaría preguntarle.

No basta que un hombre muera pronunciando tu nombre para que uno olvide sus rabias.

Igual pudo morir murmurando el nombre de Celeste Mendoza y dudo que la reina del guaguancó saliera corriendo a su entierro.

¿Vas a venir, o no?

La muerte crea hipersensibilidades, bendiciones atemporales. ¿Fueron los judíos al entierro de Hitler?

¿Por qué la muerte ha de resucitar esas bondades pseudocristianas?

La muerte no cambia nada.

Solo acentúa los terrores.

¿Vas a venir, o no?

Si mi hermana fuese la directora de la FAO, se acabaría el hambre en el mundo.

Con esa persistencia lograría eliminar el Sida en África, la tuberculosis en Malasia, el dengue en Haití, el tromboembolismo en Pakistán, el aburrimiento en Noruega.

¿Vas a venir, o no?

La respuesta debería ser explícita.

Puedo decir NOOOOOOO, en mayúsculas, pero mi hermana lloraría en mayúsculas, luego tendría que consolarla en mayúsculas, ella pediría explicaciones, me acusaría y volvería a llorar en mayúsculas, creando un círculo tan vicioso como el círculo polar ártico.

Un juego infinito que no deseo postergar.

¿Vas a venir, o no?

Las verrugas son impresionantes.

Creo que conforman un extraño mapa, una ecuación algorítmica, o algo semejante.

Un misterio inconsolable (mis verrugas, no la muerte de mi expadre).

¿Vas a venir, o no?

Hermosas verrugas que embellecen mi alma.

Ahora soy inimitable.

Las verrugas se convertirán en un sello sagrado.

Nadie ni nada puede corromper esta absoluta libertad: ni mi hermana con su adictiva pregunta; ni mi expadre: muerto a cualquier hora de un día que prefiero olvidar.

¿Vas a venir, o no?

Por suerte encontré justo lo que necesitaba: un crucigrama.

Elegí al azar una pregunta.

La tercera horizontal.

Si me la respondes —le comenté a mi hermanita— te juro que viajo en tren ahora mismo hasta la funeraria que desees: en Pakistán, en China, en Indonesia. La que tú elijas. Escucha: Palabra de catorce letras que designa cierta categoría de nuestros tiempos. Caracterizada por el montaje, el collage, el objeto literario hallado o despedazado, por las formas paratácticas sobre las hipotácticas, por la metonimia sobre la metáfora, por la esquizofrenia sobre la paranoia. De ahí, también, su apelación a la paradoja, la paralogía, la parábasis, la paracrítica, la apertura de lo roto y los márgenes injustificados.

Vete al carajo, respondió y colgó el teléfono.

Y pensar que si me hubiese respondido: Se trata del postmodernismo, habría recorrido infinitas millas para llorar junto a ella.

MARTES

Debí romper el timbre hace muchos días.

Ahora es tarde.

No es que su sonido me obligue a responder.

De hecho, siempre que suena espero a que quien lo pulsa descubra dos cosas:

1- Que no estoy en casa.

2- Que estoy, pero no quiero abrir.

De igual modo he aprendido a intuir el tipo de gente que está detrás de la puerta.

Si el timbre suena una vez, o a intervalos muy espaciados, sé que esa persona no necesita nada.

Digamos que puede ser el médico de la familia a cumplir su rutina, el cobrador del agua, de la luz, del CDR.

Ellos pueden regresar.

Casi siempre lo hacen.

Un sonido insistente sugiere muchas variantes, pero en los últimos meses esta insistencia tiene un nombre: L., mi ex mujer.

Su misión secreta como toda ex mujer es hacerme sufrir.

Boicotear mi paz interior.

Intentarlo.

Para mí es risible.

Pero admiro su vocación de *femme fatal* a lo Lauren Bacall.

Ayer murió mi expadre. Sí.

Fue ayer.

No soy *El extranjero* de Camus, por eso lo recuerdo bien.

No quiero ser un vil personaje de Camus.

Como han transcurrido veinticuatro horas supongo que aún no ha comenzado a descomponerse.

Pronto, muy pronto, su rigidez —casi escribo lividez— cadavérica cederá paso a la descomposición.

Lenta, muy lentamente las toxinas invadirán su cuerpo macilento y ojeroso para degradar todo cuanto hallen a su paso: vísceras, piel, músculos, cartílagos, huesos planos de pequeño tamaño.

Lenta, muy lentamente su pelo crecerá, también sus uñas.

Si no cubrieron sus manos y pies con medias, dentro de cuatro años mi hermana no podrá recuperar sino fragmentos dispersos. Salvo que se auxilie de un *Atlas de Anatomía humana*.

Debí advertírselo: No lo entierren sin medias. Cubran sus manos. Pero no lo hice.

Dentro de cuatro años mi expadre será un cadáver incompleto. Como yo.

Siempre seré un cadáver incompleto.

Abro la puerta.

La escena resulta bastante inverosímil.

Si admitimos que un hombre racional debe enfurecerse cuando su ex mujer, sin razón alguna, reclama todo cuanto le viene en gana y nada hace para evitarlo, entonces la capacidad de inverosimilitud aumenta.

Vengo a recoger lo que me pertenece, alcanzo a escucharle mientras fumo, y acto seguido, sin transición, sin banda sonora que intensifique las discrepancias ex conyugales, veo desfilar frente a mí, que aún fumo, el refrigerador, la lavadora, trastos de cocina, cubiertos, paños, ollas, artículos decorativos, ventiladores, casi todo en plural, para mi desgracia.

Si la escena transcurriera en silencio podría abstraerme en un Humphrey Bogart, un tipo que siempre supo cómo carajo tratar a las mujeres, un tipo duro como pocos.

Mi impasibilidad ante la extrañeza del suceso la desubica.

Lo sé.

Solo repite: ¡Di algo!

Y yo qué voy a decir.

No tengo nada que decir.

En diez años de matrimonio —casi escribo antimonio— muy pocas cosas relevantes nos dijimos.

Diez años conviviendo a monosílabos.

Al menos conservé suficiente saliva para el futuro.

Quizás la saliva, como el petróleo, aumente su precio en el mercado internacional.

Entonces seré rico.

Endiabladamente rico y ella me implorará volver.

Llorará a mis pies como una niña sin hogar porque anhela ser la distinguida esposa del magnate de la saliva.

Mis carcajadas la enfurecen.

Mi impasibilidad la enfurece.

Yo, la enfurezco.

La casa ha quedado vacía.

Al menos, L. no volverá.

Ha cargado consigo todo aquello que contiene un ápice de brillo.

Las mujeres son como las urracas —casi escribo cloacas—, ni el sepia ni los tonos opacos las hacen felices.

La casa ha quedado vacía de objetos brillantes.

Ahora habito una casa en blanco y negro, sin *tecnicolor*. La octava verruga sigue allí, rojiza, muy cerca de la nariz.

Si creyera en Dios oraría con fervor: Señor, concédeme el placer de una nueva verruga. Solo eso te pido.

Pero no creo en Dios.

Busco una lupa.

Reviso milímetro a milímetro mi cuerpo.

Palpo cada ángulo.

Mi cuerpo es un paralelepípedo imperfecto, pleno de fisuras.

Nada.

Ocho.

Solo ocho verrugas, un expadre en descomposición y una casa en blanco y negro.

Sé que muchos me envidian.

Es triste decirlo, pero la gente envidia cualquier cosa.

JUEVES

Nada relevante ayer.

Llovió desde las diez de la mañana hasta la noche.

Preferí no comer pues ello significaba encender el fogón, prepararlo todo, sofreír, hervir, esperar.

Mi dieta se compuso de cuatro cucharadas de azúcar en el desayuno, cuatro en el almuerzo y ocho en la comida.

Aún así no sentí hambre.

El ser humano ha complejizado su existencia, tanto, que no me apenaría pertenecer a otra especie: una rana, un ciempiés, una lagartija, un oso.

Su nivel de complejización es mínima: comen, defecan, se reproducen, mueren, son felices.

El hombre no.

El timbre de la puerta no volverá a sonar.

De un golpe lo destruí.

Mi vecino me miró extrañado, mucho más cuando leyó el cartel: No molesten. A ninguna hora. Sin por favor. Si uno quiere que no lo molesten no puede pedirlo de favor, porque los demás intuyen que ha quedado un ápice de anhelo escondido de tu parte para que ocurra lo contrario.

Si no, haga la prueba.

Coloque un cartel en su puerta.

v. g.: Por favor, ahora no estamos (o en singular: no estoy, depende de las circunstancias). Vuelva luego. ¿Qué hace entonces el recién llegado. Toca una, diez, veinte veces.

Pero si usted, en vez del por favor conciliatorio advierte: No estamos. Lárguese por donde vino, o en cualquier otra dirección, pero lárguese, es muy posible que su puerta quede intacta y podrá continuar perdiendo el tiempo, escribiendo su última novela o haciendo el amor con su esposa, con su querida, con su hija, o con su madre, porque Edipo existe ¿no?, y la pederastia —casi escribo ginecomastia—, y la infidelidad, como también el aburrimiento.

Lo cierto es que hoy, al despertar, me sentí contrariado, fuera de mí.

Abrí la puerta y retiré el cartel anterior.

Treinta minutos después advertía a los transeúntes: Se dan clases de cinismo, de proyección machista, de infidelidad a bajo costo.

Esto incluía talleres prácticos, el ABC de ciertas teorías de discriminación feminista, varias conferencias sobre el macho como centro irradiante de una sociedad semifeudal (aún de moda) y otros acápites económicos, políticos y religiosos. Algo fuera de lo normal, es cierto, pero ilustrativo de ciertos anhelos. Comprendí que si deseaba ser democrático también debía ofrecer en un futuro inmediato un contracurso, uno que validara ideas opuestas y citara *in extenso* *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, o *El genio femenino* de Julia Kristeva, entre otros textos capitales.

Por extraño que parezca mi convocatoria acaparó la atención de una anticipada matrícula: el presidente del CDR y dos policías. El cartel va en

contra de las normas ciudadanas. Debe retirarlo de inmediato. Antes, debe pagar una multa de 200 pesos. Que no se repita. Buenos días.

Fue breve mi anhelo de enseñanza.

Debí discutir, reclamar mis derechos, no sé cuáles, pero reclamar.

Así es el hombre: un ser que reclama, que pelea, que discute. (*Ver el Breve cuaderno de los por qué 4*).

Yo no.

La puerta quedó sin cartel.

Si al menos me hubiese salido otra verruga mi descontento habría disminuido un ochenta por ciento, quizás un noventa.

Tengo la remota esperanza de que diez velas, una extensa oración a san Judas y mi penitencia dietética —casi escribo dialéctica— me lleven a una verruga inevitable.

Para no perder el tiempo tomé cuatro tabletas de nitrazepam, el somnífero más potente que encontré.

Dormir es una bendición, sobre todo cuando se espera un regalo de Dios.

Amén.

VIERNES

Mi conversión al catolicismo es inevitable.

Dios obra de extrañas maneras.

Al despertar, tras una breve inspección de mi cuerpo, descubrí cinco nuevas verrugas: pequeñas, casi imperceptibles, rojizas, malformaciones aberrantes que cualquiera asumiría como un martirio.

Yo no.

He vuelto a ser un hombre feliz.

Soy el portador de trece verrugas que el azar, o Dios, han distribuido por mi cuerpo.

Supe de inmediato que aquella alegría necesitaba una publicidad adecuada.

Ya no más egoísmos mezquinos. Ya no más encierro. Un hombre feliz, poseedor de trece verrugas, debe compartir con todos y para el bien de todos esos hallazgos.

Salí al mercado.

Un sitio donde siempre encontrarás a alguien.

Tras un pequeño puesto de viandas una señora parsimoniosa —casi escribo ominosa— me preguntó qué deseaba. Tenemos plátano, col, papas, malanga, ñame, naranja.

Con proverbial desenfado le expliqué el motivo de mi visita. Le mostré las verrugas del rostro, las de la espalda, las del torso, y por supuesto, las más recientes que formaban un semicírculo, cercanas al esfínter anal.

La parsimoniosa señora, sin articular palabras, sin un gesto que denotara comprensión y/o complicidad, se desmayó. En su caída arrastró consigo cuanta vianda o/y fruta estuvo a su paso. Las señoras parsimoniosas, pensé, tienen una extraña manera de demostrar su solidaridad al prójimo.

Fui acusado de exhibicionista, aunque no comprendí el significado del término.

Tuve que auxiliarme del *Larousse*: Psiquiatría: Persona que muestra en público sus órganos genitales.

Percibí el error, la maledicencia de aquellos que tergiversaron la realidad.

Yo no exhibía mis órganos genitales, mostraba mis verrugas. Lo extraño de todo es que EL EXHIBICIONISTA no necesita acusador. Lo acusa LA DIGNIDAD HUMANA. (*Ver el Breve cuaderno de los por qué 5*).

Como no tenía antecedentes penales me hicieron una advertencia: De incidir será sentenciado a seis meses de prisión.

Regresé a casa cansado, macilento y ojeroso como mi ex expadre y decidido a no compartir mi felicidad con nadie.

Si lo que necesitan es un ser cargado de mezquindades, ese seré yo. Basta de altruismos baratos, de compartir con el prójimo la exaltación de mi dicha.

Verifiqué la belleza del semicírculo cercano a mi esfínter anal —casi escribo banal—.

Lo increíble es que están separadas a equidistancia.

A su vez, cada una se separa del borde externo del esfínter medio centímetro. En fin, un grado casi absoluto de perfección.

Mañana finalizan mis vacaciones. He de volver al trabajo.

Pienso en mi expadre: su cavidad abdominal distendida, todo su cuerpo distendido, pudriéndose, con mucha lentitud.

Un espectáculo oculto. Solo visible para gusanos.

Si fuera un gusano de cementerio no elegiría a mi expadre para un banquete, no por lástima, sino porque es de mal gusto que un gusano de la misma familia se beneficie de sus muertos.

No sé cómo explicarlo, pero no es ético, por decirlo de algún modo. Necesito dormir, pero no lo logro.

Tengo miedo de que mis verrugas desaparezcan. Que todo haya sido parte de una pesadilla.

Un hombre verdadero debe aspirar a trece verrugas. No debe contentarse con menos. Si lo sabré yo